



aquí
dentro
siempre
llueve

Chris Pueyo

DESTINO

Índice

Portada	
Dedicatoria	
Prólogo de Andrea Valbuena	
Carta al lector: La vida después de la muerte	
Capítulo 1. Este libro está llorando	
Se abre el telón	
Caminos para recordar descalzo	
Contratiempo y mareas	
Aquí dentro siempre llueve	
Capítulo 2. No te me ahogues, ahora que emerjo	
Los brazos abiertos	
Daniel	
Pájaros	
Flores en mitad de la guerra	
Capítulo 3. Te quiero tanto que...	
Valiente hijo de puta	
Adivina adivinanza...	
Je t' aime	
Bajo tu vuelo encontré mis alas	
Capítulo 4. Estoy tan perdido que...	
Conmigo	
Infancias violetas	
Lo contrario de soledad es uno mismo	
Por no quererme demasiado	
Capítulo 5. Llegó la música, ¿quieres llover conmigo?	
La belleza de los chicos tristes	
Palabras para el hombre que duerme en tu cama	
Chilla, mujer de fuego	
Desde tus hombros	
Capítulo 6. El verso más libre de toda la poesía...	
Mientras gana el miedo	
04:27	
Nostálgame	
El hueco entre nosotros	
Un baile entre dos generaciones	
Mis más queridos agradecimientos	
Créditos	

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre
parte

Com-

*A la vida
por traerme a Ethan
y bailar conmigo hasta el final de la lluvia.*

Charcos

Prólogo de Andrea Valbuena

Aquí dentro siempre llueve es el resultado de la primera aventura de Christian Martínez Pueyo con la poesía.

Mientras afuera hierve el debate de lo que es y no es poesía, las palabras se evaporan y los discursos mueren en tierras áridas de crítica y menosprecio, aquí dentro llueve. Las gotas caen calmadas y marcan el ritmo de una canción. Huele a humedad, a tierra absorbiendo vida, se nos han mojado las manos y hay un chico que bebe de la lluvia.

Según la RAE, la poesía es una «manifestación de la belleza o del sentimiento estético por medio de la palabra, en verso o en prosa». Esta es toda la definición que han podido darle a algo que, bajo mi punto de vista, es paradójicamente inefable, ya que a pesar de construirse con la palabra, son infinitas las distintas posibilidades de interpretar la poesía y muy difícil la tarea de contenerla entre las paredes de un único patrón. Como pasa con todo lo que responde a un proceso creativo.

Por ello, si tengo algo claro es que Christian cuenta su verdad de una manera hermosa y poética. Ya lo hizo en prosa con *El Chico de las Estrellas* y vuelve a conseguirlo, ahora en verso, en este poemario que podría condensar su tristeza y convertirla en inspiración para otros.

Con total honestidad besa esa tristeza, que no pretende abandonar más que sobre el papel para poder acariciarla con las manos cada vez que vuelva a echarla de menos.

Revivir una nostalgia es tan necesario como encontrar la felicidad, y él lo sabe.

Escribe dejando hablar al corazón, con el lenguaje de los que quieren ser comprendidos y desde la más absoluta y auténtica verdad, la verdad de uno mismo. Respondía Cernuda en mi poema favorito a lo que pasaría «si el hombre pudiera decir lo que ama»; hoy, esa respuesta es una realidad, y el resultado es este: la derrota del miedo, los prejuicios, las prohibiciones, los abusos y la intolerancia, frente a la victoria del amor.

El miedo impregna estos poemas porque todos los valientes lo tienen. Es un compañero necesario con el que consiguen convertirse en lo que son. Así, Christian asegura que «no hay nada terroríficamente bello que no conlleve peligro» pero dice también «que yo me detengo/ donde quiero,/ cojo aire/ y sigo caminando». Su determinación consigue que hasta los obstáculos lo devuelvan al camino.

Habla del mundo de hoy con la libertad del ser sin tapujos ni límites, con la curiosidad, intensidad y entusiasmo de los que observan, aprenden constantemente y no pueden evitar contarlo.

Christian se enfrenta a todo con el nervio y las ganas que brotan frente a toda nueva aventura. Ensalza el poder de la imaginación y va dejando una estela de su magia en cada acento. Recuerda que cuando crees en lo que no existe, lo haces posible y así lo transmite, mientras los demás notamos a la altura de la garganta las vibraciones de la voz que se muere de ganas de acompañarlo gritando: «Yo creo, sí creo», y abanderar con esta premisa el resto de tus actos para que suceda lo imposible.

Cuando habla del amor lo tiene claro: «Quiero que cuando se te ocurra apretar el puño recuerdes que somos agua». Tiene una libertad infinita y escurridiza que merece la pena conocer y que está impregnada en cada una de las letras que os presento.

Por último, Christian nos recuerda que «nadie que te haga sentir pequeño merece verte crecer», y él lo sabe tan bien que rodea su mundo de todo aquello que lo hace grande. La poesía de alguien así solo puede adquirir la misma magnitud, ya que esta es un espejo que mira hacia dentro, y aquí dentro siempre llueve. Acompañadlo en este viaje: os enseñará a pisar los charcos.

Carta al lector: La vida después de la muerte

La última vez que me miré al espejo me dijo que llevaba dos años sin dormir.

Y los espejos no mienten.

Yo no podía contar contigo,
y la vida es una cuenta atrás
donde dos personas se dan la vuelta en el último mo-
mento.
Una de ellas desaparece, otra se queda.
Adivina cuál fuiste tú.

Ahí me escupió el espejo.

Aprendí a mirar por la ventana de mi pecho y encontré a un chico sosteniendo las flores que crecen después de llorarlo todo.

Entendí su mirada como quien se detiene ante la poesía, comprendiendo que no llega para salvarte, pero concede ese segundo exacto de luz en los ojos que nos hace reconocer la herida para después respetarla.

Le tendí una sonrisa desde cualquier otro lado del mundo, y aquel muchacho encontró el valor suficiente para salir de dentro, no le obligué a dar un paso, pero le guiñé un ojo desde el otro lado del puente.

Me dijo su nombre y pronuncié Tristeza.

Caminaba lento como quien corre con el corazón de cemento.

Su espalda era una enorme escarificación de adioses.

Sus ojos, alquitrán.

Solía llorar barcos.

Y en su pelo anidaban pájaros inalcanzables.

Le gustaba regresar a mi pecho por las noches para no dormir y despertarme a sollozos de madrugada.

Le acaricié el pelo con la esperanza de volverlo cenizas. Le leí libros, pero nunca terminaba de llorar.

Le hice un espacio abismal en la cama.

Soplé sus cumpleaños deseando abrir los ojos y no verle.

Nos besamos.

Nos corrimos.

Nos amamos.

Le enseñé a darme la mano para ver la ciudad.

Y no lo hicimos tan mal,

algunas mañanas incluso se atrevía a salir solo cinco minutos cuando la ventana olía a pan recién hecho.

Siempre traía flores para sorprenderme al regreso.

Solo que la última vez pensé que no regresaría y me descubrí echándole de menos.

Ahí lo entendí todo.

Y volví a escribir.

Este libro,

como tantos otros,

comienza por el final,

en esta mi manía

de contar historias

acabadas

que no terminan nunca.

Por su parte no temáis,
la tristeza no entiende de puertas
y poco después volvió a aparecerse en la ventana de mi pecho.

Por la tuya tampoco,
he precintado con palabras el hueco que ocupa tu recuerdo en
alguna zona posterior de mi cuerpo, allí donde el olvido
no
puede tocar.
Y ellas
no
te
olvidarán.

Por la vuestra, a ver si os enteráis,
somos chicos tristes,
y los chicos tristes
somos felices así.

CAPÍTULO 1

**Este
libro
está
llorando**



Se abre el telón

Escribir y otros deshielos
sobre la belleza de los chicos tristes,
los que concentran en el fervor de sus pupilas
un atentado terrorista,
sobre quien no sabe escoger entre dos
caminos y se convierte en preso en la mitad,
sobre una boca de sal
y llantos para recordar el mar,
sobre una boca que de no volver escuece,
desde dentro
y para dentro,
esa es la única manera que conozco de escribir.
Recoge tu corazón roto,
y sopla:
hazles el amor a tus guerras
sumérgete en la poesía
como el impostor que aguanta la respiración
en un mundo de anfibios,
júrate (y por consiguiente, el más digno
de todos los amores) la libertad eterna.